

INTRODUCCIÓN

En el proceso de construcción de la disciplina Historia en el siglo XX, una de sus ramas clásicas, la historia diplomática, sufrió durante varias décadas un descrédito del que apenas empieza a reponerse. El torbellino de la nueva historia, serializada, cuantificada y «estructural» de los años sesenta y setenta, dejó sin sentido cualquier producción historiográfica que atendiera a los acontecimientos. Éstos fueron relegados a la categoría de epifenómenos, y el anonimato que había sufrido antes el grupo pasó a padecerlo el individuo. La historia social se alzó contra la historia política clásica, desacreditada como «episódica», y lo homogéneo se encumbró sobre lo diverso. El resultado fue que, como consecuencia de las nuevas concepciones epistemológicas, territorios de la historia antes valorados fueron condenados al ostracismo.

La historia diplomática fue uno de ellos, abandonada a favor de una historia de las relaciones internacionales que privilegiaba la comprensión de la política exterior en base a unas «fuerzas profundas» —económicas, sociales, políticas, religiosas, de opinión pública, etc.— que la investían de sentido. Con todo, hay que decir en su descargo que la nueva historia de las relaciones internacionales, inaugurada por historiadores de la talla de Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle, que antes habían practicado una historia diplomática más de sentido clásico, no recusó globalmente lo hecho, sino los modos de hacer. El resultado fue que la historia diplomática, en gran medida, pudo incardinarse bajo los nuevos supuestos de la historia de las relaciones internacionales, ganando con ello en su campo conceptual. René Girault ya advirtió en su día que no debía ser la historia diplomática la que se pusiera en entredicho, sino sus métodos de análisis, puesto que lo importante no

era explicar cada hecho internacional, siguiendo el imperativo de la documentación más abrumadora, sino conocer las causas reales que no aparecían en ella.

Hoy en día, al compás de una revalorización del papel de los individuos y de la acción en la historia, la historia diplomática, nunca verdaderamente desaparecida y ahora enriquecida por su contacto con las nuevas tendencias historiográficas sobre la realidad internacional, vuelve a desempeñar un papel explicativo de primer orden en el análisis de las relaciones en el mundo. La historia diplomática recupera su consideración de ser una parte imprescindible del análisis de la realidad internacional, de la misma manera que se recobra una concepción de la diplomacia como eje vertebrador de las relaciones entre los países. No quiere esto decir que la teoría de las «fuerzas profundas», que tanto ha enriquecido la comprensión del mundo internacional, se abandone ahora. Al contrario, se asume la idea de marco estructural, y se acepta la influencia de las fuerzas colectivas o materiales que configuran y orientan las relaciones entre los Estados, pero, a la vez, se pide paso para las personalidades, para las individualidades, para los responsables que traducen en actos y en decisiones la política exterior. En realidad, como ha dicho Jean-Claude Allain, la noción de «fuerzas profundas», tal y como fue formulada por Renouvin, puede conducir al mismo resultado procediendo ahora de manera inversa, es decir, haciendo actuar una fuerza colectiva, de medio o largo alcance, en torno a las personalidades que la guían. O dicho de otro modo, no hay fuerza económica, religiosa, política o social, por muy colectiva o anónima que sea, que no actúe a través de hombres que la expresan y la personifican.

La historia diplomática hoy no puede reducirse ya a explicaciones metonímicas del tipo «Madrid puso en conocimiento de París...», «el Quai d'Orsay presentó una proposición...», «la Wilhemstrasse se opuso a la iniciativa...», «el 10 de Downing Street comunicó...». Ya no es posible hablar con vaguedad, en términos abstractos, utilizando lo que Allain ha llamado el «anonimato geográfico», ni utilizar las piedras y los ladrillos de los edificios para expresar la política exterior de los Estados, como ha criticado irónicamente Donald Watt. La narración metonímica, incluso combinada con la personificación más privilegiada, no basta ya para comprender las coyunturas internacionales. Lo que la historia diplomática ha de desvelar es el sentido de la acción de los Estados, y para ello debe analizar los «lugares» de la fabricación de la política exterior, los procesos de su elaboración, los grupos actuantes, los diferentes niveles en las tomas de decisiones, y, claro está,

el papel de las personalidades, o mejor, de las personas actuantes. La historia diplomática debe ser la historia social del personal diplomático, como recomendara hace tiempo ya Duroselle, de su reclutamiento y organigrama, pero también la historia de los «pequeños grupos», de las tendencias, incluso de las facciones estables, es decir, de los individuos que complejizan y dramatizan la acción internacional de los Estados. Las relaciones entre países siempre aparecen consagradas por una firma que la personaliza y que autentifica los compromisos adquiridos. Los acuerdos internacionales siempre son preparados, negociados, firmados, e incluso ratificados, por personas que aparecen investidas con el derecho de hacerlo: son los embajadores, los jefes de misión, los representantes de un determinado país en el extranjero. Es cierto que la política exterior es una opción política de gobierno, como sostiene Jean-Claude Allain en este mismo número, y nadie duda, como dijera Duroselle, que «por muy influyente, lúcido y trabajador que sea un embajador, éste no conduce la política en el nivel de las decisiones», pero no es menos cierto que, con frecuencia, la cualificación de las personas sirve incluso más a un fin que la justicia que haya en la causa.

Hoy en día, la diplomacia ha cambiado sustancialmente tanto en su organización funcional como en su práctica. Por sus centros de interés se ha universalizado, de modo que ha desbordado la institución ministerial tradicionalmente encargada de su conducción, el Ministerio de Asuntos Exteriores, habiendo debido éste adaptarse progresivamente a un abanico de demandas que reclaman cuerpos especializados nuevos: comerciales, financieros, culturales, científicos, etc. El Estado, además, ha diversificado su acción internacional: sus relaciones exteriores, se amplían a una diplomacia colectiva, multilateral y permanente. La burocratización y la especialización son los grandes desafíos que el siglo xx ha lanzado a los ministerios de Asuntos Exteriores. La diplomacia se ha profesionalizado, y los embajadores se lamentan de no ser sino meros agentes a los que los medios de comunicación restringen su capacidad decisoria, y a los que la diplomacia pluridimensional limita su campo de acción.

Con todo, y por mucho que alguien pretenda apiadarse por el declive de la diplomacia tradicional y por la pérdida de influencia de los diplomáticos, la realidad incluye en su haber este dato irrefutable: que ningún Estado ha cerrado aún su Ministerio de Asuntos Exteriores, como ha dicho Zara Steiner, y que el discurso sobre la legitimidad internacional sigue siendo, probablemente, la primera preocupación de todo Estado. Y ello por una razón de peso, que es la que nos ha anima-

do a concebir este número monográfico de *Historia Contemporánea*, porque la diplomacia es, todavía, el medio más antiguo y más empírico que el mundo haya inventado para evitar los conflictos o para acabar con ellos.

Ricardo Miralles